



Colección los Derechos del Niño, 1978
Foto Olgalucía Jordán

reacciones de los niños en situaciones de desastre

Las caricias pueden ser dadas en forma de contacto físico real o con alguna forma simbólica de reconocimiento, como una mirada, una palabra, un gesto o cualquier acto que signifique "yo sé que estás ahí"

PROINAPSA - UIS

El niño ante las catástrofes presenta efectos a corto y largo plazo, que no son necesariamente secuenciales, pero que pueden presentarse a corto o largo plazo en relación con su duración de aparición (inmediata o tardía).

El niño puede haber estado comportándose en términos relativamente normales antes del siniestro, pero como consecuencia de éste, su comportamiento puede ser interrumpido o modificado en forma temporal o permanente.

La mejoría de la situación de inquietud o turbulencia emocional, el restablecimiento del equilibrio y el comportamiento para la mayoría se logra, aún sin ayuda externa o especializada. La intervención informada y a tiempo puede acelerar la recuperación y en muchos casos prevenir problemas serios más adelante.

Los efectos psicosociales generados por las situaciones de crisis sobre los niños son difíciles de determinar; presentan variadas cualidades en sus vivencias y algunos presentan síntomas asociados. El impacto está relacionado con diversos factores como:

- la vulnerabilidad, resultado de sus interrelaciones consigo mismo, su familia y su comunidad, determinadas por aspectos personales, sociales o culturales y tomando en consideración aspectos de edad, sexo, etnia, personalidad, organización comunitaria, interpretación cultural de la realidad, entre otros;
- la naturaleza del trauma, duración de la exposición al trauma, número de eventos traumáticos acumulados y secuencialidad o inmediatez de éstos; y por último
- la efectividad de las intervenciones de ayuda ante estos eventos.

Además de estos factores también debemos tener presente que no existen conclusiones contundentes acerca de un perfil típico, lo cierto es que se presentan muchas diferencias individuales en las respuestas a hechos violentos.

Si tuviéramos acercamientos individuales a cada niño afectado por situaciones de crisis, nos encontraríamos con un amplio abanico de respuestas y maneras de enfrentar la adversidad, entre las que podríamos encontrar:

- niños que no se alteraron debido a que sus procesos emocionales y cognitivos les permitieron elaborar el sufrimiento.
- otros que mantienen silencio interior y se aíslan del medio, pero no presentan una ruptura en sus procesos emocionales y cognitivos, que a pesar de ser retraídos e inhibidos pueden responder adecuadamente aunque con ciertas dificultades, y
- niños a quienes el trauma afectó seriamente. Son niños que no pueden jugar ni participar en juegos de reglas, concentrarse, atender, participar ni establecer reciprocidad con otros niños (Loaft, 1995)

Sin embargo, es preciso tener presente en sus comportamientos reacciones:

- **En la afectividad** Diversos miedos e inseguridad, llanto fácil, tristeza, nostalgia, irritabilidad, ansiedad, mutismo y estados disociativos, depresión, sentimientos de culpa, temor, etc.
- **En las relaciones con otras personas** Desconfianza en los demás y temor a los adultos, ansiedad de separación, ensimismamiento, aislamiento, inhibición verbal y creación de barreras en la comunicación.
- **Manifestaciones físicas** pueden mostrarse lentos, torpes y descoordinados en su motricidad, pueden presentar diarreas, dolores de cabeza y estómago, enuresis, alergias en la piel y náuseas.
- **En el sueño** Pesadillas, terror nocturno, sueño intranquilo, hablar dormido.
- **En el juego** Inhibición, poco interés, juegos repetitivos donde se reexperimenta el trauma, evasión, etc.
- **En la conducta** Agresividad, baja tolerancia a la frustración o inhibición para expresar su iniciativa y empuje.
- **En la alimentación** Inapetencia o aumento del apetito.

Comportamientos que se acentúan cuando, además del impacto no comprendido del desastre, pierden sus seres queridos, su mascota o animal querido, su espacio o lugar de vida, sus entornos conocidos, sus referentes culturales y familiares, y se vuelven dependientes de las reacciones de los adultos.



Escuela Saludable en Emergencia. Quindío, 1999.
Foto Magda Palacio

En estas condiciones de alta vulnerabilidad física, emocional y social, el niño aumenta su desconfianza frente a los otros y se aísla, alterando su vínculo con el grupo familiar, en la medida en que sus padres o adultos a su cargo, reaccionan frente a las situaciones adversas. Esto hace que el niño interiorice la desconfianza y angustia que sus padres sienten, circunstancia que puede derivar en la afectación del vínculo afectivo familiar.

Una situación de emergencia establece entonces, una circunstancia repentina de peligro que amenaza la seguridad y también crea un efecto de riesgo que puede interrumpir la unión familiar y la calidad de tiempo que la familia le dedica a los niños.

el rescate del vínculo afectivo como recurso del niño ante la adversidad

La familia es la unidad básica para la intervención, y no solamente el niño en forma individual. La familia es el primer recurso para aliviar al niño víctima de un desastre y siempre debe ser ella la primera a tenerse en cuenta, antes de cualquier otro tipo de recurso.

Cuando la familia permanece unida ante una situación crítica, los sentimientos de miedo y preocupación pueden ser compartidos, creándose un espacio de referente afectivo que conduce a reforzar los sentimientos de confianza entre sí mismos, pero cuando se produce una *fractura familiar*, y especialmente cuando hay una separación de la madre o del cuidador, se genera una gran ansiedad en el infante que lo conduce a una sensación de desasosiego incrementada con el tiempo.

No podemos olvidar que la familia satisface ciertas necesidades únicas que los extraños difícilmente pueden proporcionar, tales como los cuidados y la ayuda emotiva necesaria para que un niño en el transcurso de su vida pueda sentirse feliz.

Toda persona tiene necesidad de ser tocada y reconocida por los demás; son necesidades biológicas y psicológicas a las que Eric Berne, el padre del análisis transaccional llama "**hambres**". Las hambres de contacto y reconocimiento que pueden ser apaciguadas con "**caricias**", las que según Berne, son "**cualquier acto que implique el reconocimiento de la presencia del otro**".

Los niños no crecerán naturalmente sin este contacto. Estas necesidades se cumplen generalmente en las rutinas diarias: cambio de pañal, alimentación, baño, mimos, y actos de amor que los padres y madres tienen para con sus hijos.

Los niños carentes de este contacto sufren un deterioro mental y físico que puede llevarles a la enfermedad o incluso a la muerte. El hambre de caricias es entonces un apetito profundamente arraigado que ningún alimento puede satisfacer; es el hambre de la piel, de caricias, de sensación, de contacto humano real y concreto.

A medida que el niño crece, el hambre primaria temprana por tacto físico real se modifica y convierte en hambre de reconocimiento que puede expresarse con una sonrisa, una señal de asentimiento, una palabra, un ceño fruncido, un gesto, etc.

El niño que puede disfrutar en su infancia del calor de la relación que le brindan sus padres, hermanos, abuelos y otros parientes, teniéndolos como personas disponibles para su cuidado y protección y ligados por un vínculo que genera placer mutuo; tendrá más tarde confianza en sí mismo y contará con un desarrollo biológico, psíquico, social y espiritual más armónico.

Pero si por el contrario, no puede hacerlo debido a la propia historia de crianza de sus padres o por razones de separación, de abandono, o de negligencia en la primera infancia, ésto puede tener implicaciones funestas para su futuro psicológico y originarle trastornos emocionales, que le impedirán llegar a ser una persona con una adecuada capacidad de relación con su pareja y los otros seres humanos.

Aunque parece natural, casi propio de la sobrevivencia de la especie, el desarrollo del vínculo afectivo en una pareja cuando concibe un hijo, no siempre se da como norma, porque la disrupción del sistema afectivo conduce a la posibilidad de maltratar a los hijos, corriendo el riesgo que la especie humana no sobreviva o lo haga en condiciones psicológicas precarias como afirma la Dra. Margareth Lynch.

La **conducta del apego** está más próxima a la temprana infancia porque los niños muy pequeños son los que están más predispuestos a la ansiedad y al malestar emocional, cuando no encuentran respuesta a sus necesidades. La separación o amenaza de separación de la figura responsable por su cuidado, crea una situación de **vulnerabilidad emocional** muy grande en los niños.



Colección los Derechos del Niño, 1978.
Foto Olgalucía Jordán

La **separación** es la situación contraria al apego. Bowlby (1980), señala que los seres humanos están genéticamente inclinados a apegarse con otros seres humanos y responden con ansiedad ante una separación indeseada. La angustia y la ansiedad se activan cuando se busca infructuosamente una figura responsable.

Cualquier elemento o señal de pérdida, abandono o separación genera una gran ansiedad y zozobra en los niños pequeños. En una situación de desastre, hay señales claves que pueden ser interpretadas por los menores como indicios de peligro, tales como la oscuridad, los ruidos propios de la naturaleza, la lluvia, el viento. También movimientos infrecuentes, la exposición ante gente extraña o las medidas de seguridad.

Cuando los niños están asustados, no pueden substraerse ante una situación de alarma y reaccionan con llanto continuo, gritos, movimientos repetitivos en el intento de ubicar una figura adulta y responsable que recuerde la **conducta de apego** que les evoque seguridad.

Esta amenaza es mayor en la medida en que la situación de adversidad indique que hay una mayor factibilidad de pérdida o separación. Es muy frecuente que los niños manifiesten miedo de estar o dormir solos, que presenten pesadillas o terrores nocturnos.

¿cómo podemos ayudar al niño a superar estas conductas?

Ante la grave situación del niño menor de cinco años afectado particularmente por un desastre, se determina la urgente necesidad de implantar estrategias específicas que le permitan su recuperación afectiva y social y lo lleven a crecer libremente, a jugar, a prepararse para el futuro y a pertenecer a un tejido social propio. **Es en el momento inmediato a la emergencia en el que debemos atender con prontitud y generosidad al niño afectado, de manera que podamos contrarrestar la magnitud de los efectos psicoafectivos del desastre sobre él, mitigando el dolor y el llanto, y devolviendo tan pronto como sea posible su sonrisa, el sueño, y la palabra que nombre el amor, la ternura y el cariño.**

Es de vital importancia el cuidado de los niños muy pequeños en estas circunstancias, por lo tanto, ante una situación de desastre, deben recibir todo el amparo posible. **Es preciso generar en una forma continua y sostenida actos de amor y confianza que les ayuden en la recuperación**, pues los niños que tienen una figura adulta responsable y afectuosa que les proteja y que les acompañe en sus actividades lúdicas, reparan a través del amor, sin secuelas dolorosas.

Este apoyo sólo podremos brindarlo estando cerca y conociendo sus necesidades; no podemos olvidar que así como existen niños altamente resistentes, existen también otros niños no resistentes a situaciones complejas. **Estos últimos, constituyen la población a la que queremos atender de manera prioritaria, mediante la promoción de una serie de habilidades para la vida, como herramientas que les permitan superar las crisis y salir fortalecidos.**

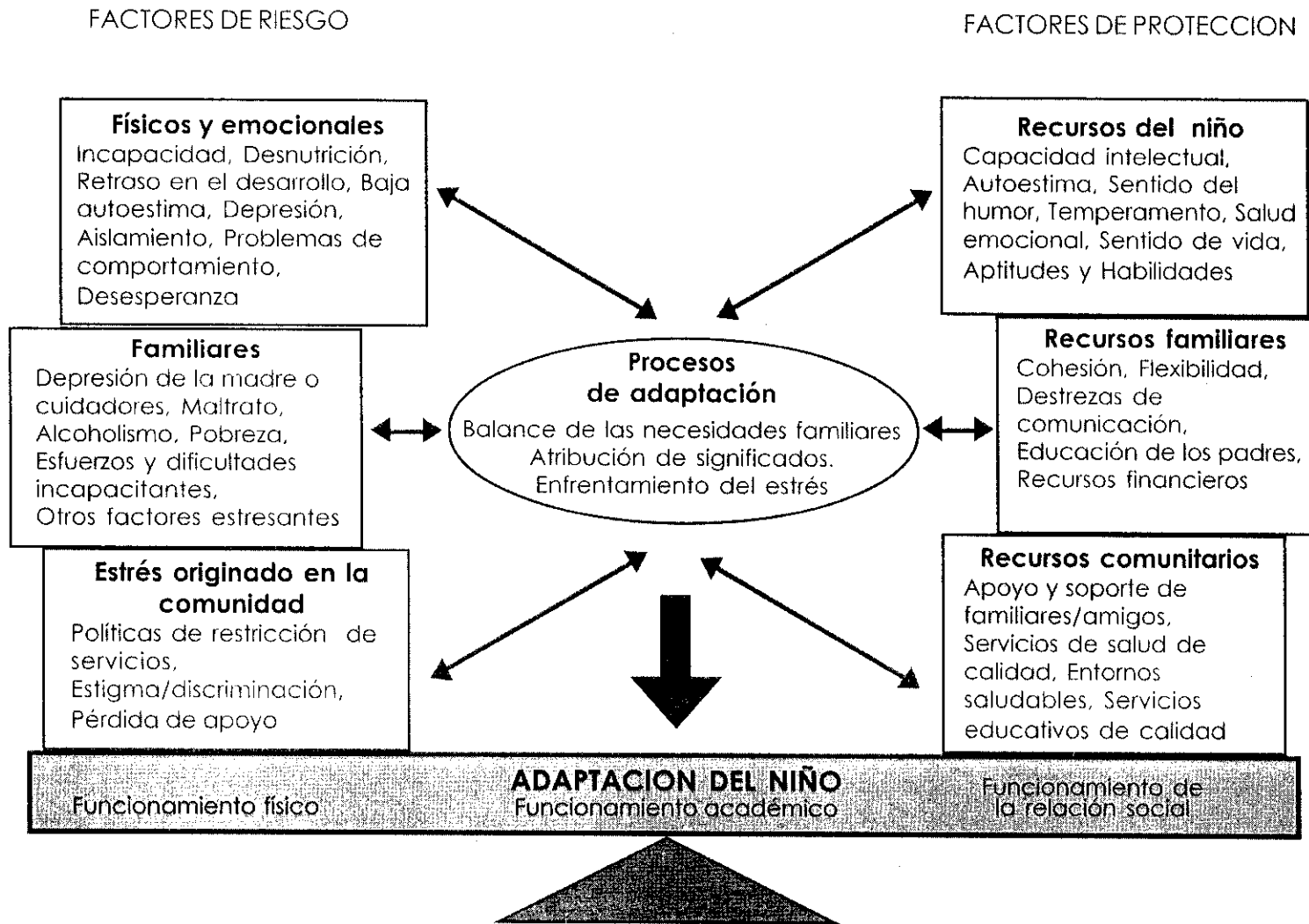
Si consideramos estas situaciones complejas en el contexto del **Enfoque de Riesgo**, podemos hablar de:

factores de riesgo, como *"aquellas características, hechos o situaciones propias del niño o de su entorno que aumentan la posibilidad de desarrollar desajuste psicosocial"*

y factores protectores como *"todas aquellas características, hechos o situaciones propias del niño o de su entorno que elevan la capacidad del niño para hacer frente a las adversidades o disminuyen la posibilidad de desarrollar desajuste psicosocial frente a la presencia de factores de riesgo"* (Silva, 1999).

A manera de ilustración presentamos una adaptación del Modelo de Riesgo propuesto por Patterson (1995), en el que se muestra la interacción entre factores de riesgo y factores de protección reflejando la necesidad que el niño alcance un equilibrio para un desempeño apropiado en las áreas física, académica y social -adaptación-.

Modelo de Riesgo y Adaptación (Patterson, 1995)





Niño pintando el cambúche, Quindío, 1999.
Foto Corporación Opción Colombia

la resiliencia como potenciadora de factores protectores

"Construir cuando todo parece perdido..."

La resiliencia no es un rebote, una cura total ni un regreso a un estado anterior sin heridas. Es la apertura hacia un nuevo crecimiento, una nueva etapa de la vida en la cual la cicatriz de la herida no desaparece, pero si se integra a esta nueva vida en otro nivel de profundidad"

Vanistendael

Stefan Vanistendael la define como la capacidad del ser humano o de un sistema social de vivir bien y desarrollarse positivamente a pesar de las condiciones de vida difíciles. Esto implica una **capacidad de resistencia** y una **facultad de construcción positiva**. Para la Ingeniería, la resiliencia es la capacidad de un material para recobrar su forma original, después de someterse a una presión deformadora. Respecto al ser humano, ha sido estudiada en lo referente a la manera sorprendente en que muchos niños maltratados de diferentes formas, se sobreponen y mantienen su vitalidad y esperanza.

El Enfoque de Riesgo que ha prevalecido en las ciencias humanas, centrado en la enfermedad y en el establecimiento de aquellos factores que implican una mayor probabilidad de daño individual, es decir en los factores de riesgo -olvidando los **procesos de interrelación** dados en el quehacer diario de satisfacción de necesidades dentro de un contexto comunitario-, no ha permitido estudiar con suficiente profundidad **los factores protectores que hacen que una persona logre recuperarse luego de afrontar condiciones adversas, y que inclusive logre transformarlas en ventajas o estímulos para la construcción de su bienestar físico, mental, social y espiritual, es decir ser resiliente.**

Esta nueva perspectiva ha venido ampliando el Enfoque de Riesgo (centrado en las amenazas), complementándolo con el de Resiliencia, que da al riesgo un origen más en lo social, como resultado de **procesos de interacción continua y permanente** entre la comunidad humana y su entorno, que aún en sus expresiones naturales está mediado por circunstancias políticas, culturales y sociales.

Razón por la cual pretendemos:

- promover la resiliencia en nuestra población infantil y adolescente para mejorar su bienestar,
- estimular actitudes resilientes en los niños, incluyendo a todos los miembros de la comunidad.
- Reconocer aquellos espacios, cualidades y fortalezas que le permitirán enfrentar positivamente las experiencias desbordantes.

Todo ello como forma de **potenciar los factores protectores internos** que actúan como escudos y permiten el desarrollo de los seres humanos; tales como la autonomía, la autoestima, la creatividad y el humor infantil, expresado este último en la alegría, la capacidad de jugar y relacionarse con los otros, y **afianzar todos los factores protectores externos** –apoyos–, tanto del grupo familiar como del entorno en general.

Se trata de brindarle al niño los elementos requeridos para que: **juegue bien, trabaje bien y tenga buenas expectativas hacia el futuro, que pueda establecer contactos amigables, que se muestre activo, flexible; que pueda comunicarse abiertamente, que exprese lo que piensa sin temores, que pueda demostrar afecto, que ame a su familia y su comunidad, y que logre lo que buscamos con esta propuesta, "reír y ser feliz", y al adolescente y joven la posibilidad de desarrollarse integralmente y apoyar a su comunidad.**

Esta es la razón por la que es necesario promover la resiliencia de los niños, adolescentes y jóvenes; desarrollando en ellos habilidades psicosociales de modo que sus diferentes interacciones se vean fortalecidas y sean capaces de desentrañar las particularidades de cada proceso, identificar los elementos que le otorgan sentido de propósito y pertenencia, para así elaborar su propio mapa de intereses, expectativas y conflictos que caracterizan cada situación concreta, teniendo la posibilidad además de construir su propia verdad en medio de los saberes, ignorancias, imaginarios, conflictos, luces y sombras que constituyen su realidad.

Porque sólo si ampliamos el panorama que los adolescentes y jóvenes tienen frente a los procesos sociales que determinan el bienestar de las sociedades, estaremos aumentando sus niveles de conciencia respecto a la relación del ser humano con su entorno social y natural, y **estaremos brindándoles la posibilidad de replicar ese conocimiento con los demás miembros de su comunidad, en especial con los niños, para desarrollar en ellos relaciones de confianza con adultos específicos.**

Esto permitirá que los jóvenes asuman un papel responsable frente a los procesos de recuperación social y afectiva de una comunidad. Esto sólo puede ser resultado de una reflexión consciente sobre el compromiso con su propio bienestar y el de su comunidad, para consolidar una verdadera "**participación social**" como forma de ser y actuar frente a las **vulnerabilidades, amenazas y riesgos** que enfrentan, más que un simple requisito formal o exigencia de acción por parte de agentes externos al margen de estos procesos.

A medida que se avanza en edad durante las etapas del desarrollo humano, en el medio familiar, el escolar, el laboral, el comunitario; los comportamientos emergentes, las nuevas **interrelaciones sociales**, los espacios de exploración e inserción y toda esa gama de vulnerabilidades que hemos venido analizando, ofrecen nuevas posibilidades al niño, al adolescente y al joven, tanto de enriquecimiento como de riesgo.

No podemos olvidar, que los **procesos básicos de interrelación** en la adolescencia se dan con una apertura hacia el mundo externo, favoreciendo el surgimiento de las adversidades; tampoco olvidar que después del nacimiento, el recién nacido es acogido por el medio familiar y queda en situación de protección o riesgo en este ambiente; luego en su segundo nacimiento del seno familiar al grupo social o comunidad, inicia su desprendimiento del sistema familiar que lo lleva a una resignificación de sus relaciones. Es entonces cuando rompe esquemas o interpreta realidades de un modo diferente a lo establecido, despertando pocas simpatías en su familia y en el grupo social, convirtiendo sus *relaciones* en fuente de grandes amenazas, sumadas a la desprotección, descalificación, ineficiencia parental, deprivaciones.